

cera benevolencia para todos mis hermanos? ¿Podría pues escluir de mi caridad á algunos? Y si quiero hacerme grato al Padre comun, ¿no procuraré encender en mi corazon un amor tan general y tan desinteresado como el suyo?

¿Qué disposiciones tan felices no debe producir en mi alma la consideracion del admirable órden que reina en toda la naturaleza! Si estoy bien convencido de que nada puede agradar á Dios no siendo conforme al órden, ¿no me aplicaré con todas mis fuerzas á conformarme yo con él? ¿Cuán despreciable no seria yo aun á mi propia vista, si por defecto mio causase algun desórden en el plan admirable del mundo! Dios quiere mi perfeccion: ¿no estoy pues obligado á corresponder á sus misericordiosos desig- nios, y á emplear para esto, en cuanto me sea posible, to- dos los medios de la naturaleza y de la gracia? Pues esta debe ser en lo sucesivo mi grande y mi principal ocupa- cion; y no cesaré de velar sobre mí mismo para corregir- me y para cooperar con mis esfuerzos á las saludables ins- piraciones del espíritu divino.

Así viene á ser la naturaleza una excelente escuela para el corazon. Quiero de aquí en adelante ser su discípulo, atender á sus lecciones y aprovecharme de ellas con docili- dad. En ella aprenderé la verdadera sabiduría, aquella sa- biduría que jamás está acompañada de disgusto ni de mo- lestia. En ella aprenderé á conocer á Dios, y hallaré en este dichoso conocimiento los anticipados placeres del pa- raiso, donde, no estando ya limitado á los primeros ele- mentos de la sabiduría, se perfeccionarán mi santidad y mis luces por toda la eternidad. Ocupado en este estudio, pasaré tranquilamente mis dias; la bondad del Criador me prodigará los placeres mas eficaces; se abrirán para mí mil fuentes de delicias, y el júbilo y la alegría penetrarán por todas partes mi corazon.

¿Oh hombre, cualquiera que fueres, prefiere esta noble satisfaccion á los vanos placeres del mundo! ¿Ojalá que la vista y los atractivos de la bella naturaleza pudiesen en los dias de tu primavera aficionarte mas que los engañosos placeres que no lisonjean sino los sentidos y en nada inter-esan al alma! Estudia en hallar á Dios en todas sus obras; pídele que te enseñe á estudiar en él mismo: y si tu felici- dad no es aun perfecta sobre la tierra, es porque única- mente podrá serlo en la presencia de solo aquel que puede llenar tu corazon, y poner colmo á tus deseos.

El universo no existe por sí mismo; todas sus partes es- tán en una variacion continua y en una dependencia reci- proca; todo en él es á un mismo tiempo causa y efecto; todo es susceptible de mas y de menos, de acrecentamien- to y de disminucion; el movimiento tiene igualmente sus grados que sus alteraciones. Todo esto no forma pues seres necesarios, seres existentes por sí mismos, respecto á que en este caso por su propia esencia subsistirian y fueran lo que son necesaria é invariablemente. Todo pues necesita una causa estraña para existir; y esta primera causa es lo que llamamos Dios. Así es como podemos comprender bien aquella palabra sublime enunciada en el Génesis, aquella palabra, repito, que el mismo Dios hizo oír á Moisés: *Yo soy el que soy*. Hubo un tiempo en suma en que la tierra y los cielos no existian: Dios quiso que existiesen, y su vo- luntad omnipotente crió el universo. El supremo Hacedor podia sin duda producir y coordinarlo todo en un momen- to; pero la creacion sucesiva servia de una grande instruc- cion para el hombre, impidiéndole por este medio atribuir á la tierra una fecundidad y al cielo un poder que solo resi- den en Dios. Si el caos desapareció insensiblemente y dió lugar al órden, fué en cuanto plugo así á esta soberana in-

teligencia, y ninguna criatura aparece sino cuando su voz la llama. *Sea la luz*, dice el Señor, *y la luz fué*; y al ins- tante que este vasto flúido destinado para presentar á las criaturas el magnífico espectáculo de la creacion comienza á existir, se cuentan las revoluciones que miden la dura- cion del dia y de la noche. Tal fué la obra del primero de los dias.

La tierra no era todavía mas que un monton de mate- riales informes que hacia inútiles la falta de coordinacion. Los cuerpos, tanto flúidos como sólidos, estaban confun- didos unos con otros. Dios los separa, reúne las aguas de la atmósfera, hace elevarse de la tierra vapores que, es- pesándose, se convierten en nubes, y forman en el se- gundo dia este firmamento inferior que llamamos cielo. La voluntad divina que dió á todas las cosas aquel grado de bondad que les es propia, va á libertar la tierra de la última capa que la cubre. A su mandato las colinas se levantan, elévanse las montañas, y su mano ahueca el profundo de- pósito donde van á congregarse las aguas inferiores. La tier- ra puesta ya de manifiesto por el retiro de las aguas, adorna- da de praderas, de collados y de bosques, está pronta á hermosearse con una multitud innumerable de plantas guarnecidas de hojas, de flores y de frutos: todos estos ve- getales nuevamente criados contienen las semillas neces- rias para la propagacion de su especie, y prolongando sus raices van á buscar debajo de la tierra sus jugos nutricios. Pero un frio intenso comprime los botones, y las flores están ocultas en sus cubiertas ó túnicas; y el principio de vida que las anima permanece en una especie de entorpecimiento. De la masa de luz que desde los primeros instantes habia sido separada de las tinieblas, formó Dios el cuarto dia cuerpos luminosos, que sirviesen de una manera mas exacta para la distincion del dia y de la noche, y para arreglar la vicisitudes de las estaciones del año. Entonces apareció el sol, cuyo brillo y calor benéfico calientan y fertilizan la tierra. A su vista las hojas y las flores se abren; los cam- pos tapizados de verde son esmaltados con los colores mas vivos; y el astro que lo ha vivificado todo, despliega al mis- mo tiempo por medio de la luz de que es principio, este espectáculo tan encantador como majestuoso. La luna, re- flectando el resplandor de aquella primera antorcha, pre- side á la noche acompañada de un número prodigioso de estrellas que brillan sobre nuestras cabezas, y que en la ausencia de este astro nocturno disipan en parte las espesas tinieblas en que nos dejaria sumergidos.

Hasta aquí no ha producido Dios sobre la tierra mas que criaturas inanimadas pegadas á su superficie, el quinto dia está empleado en dar la existencia á una parte de seres vi- vientes, que dotados de la facultad de perpetuar su espe- cie, y capaces así de poblar toda la naturaleza, se tras- portan libremente á diferentes lugares. El aire, el mar y las aguas, los bosques, los valles, los llanos y aun las ro- cas, todo tiene sus habitantes, los unos mansos y trata- bles, los otros agrestes y solitarios. Sus inclinaciones diver- sas, y apropiadas á las funciones de sus respectivos desti- nos, los mantienen á todos en aquel órden y estado que se les asignó.

Mas ¿para qué tanto aparato? ¿Para quién está destina- da esta mansion magnífica...? Oh hombre, ¡tu corazon res- ponde á estas preguntas, y tu espíritu ha confirmado mas de una vez sus respuestas. La simple vista de la tierra está manifestando que si se sacase de ella al hombre, todo que- daria sin hermosura, sin armonía y sin destino; de modo que el hombre solo forma el enlace de cuanto se halla en ella. Todas las cosas quedaron sujetas á su imperio, á su